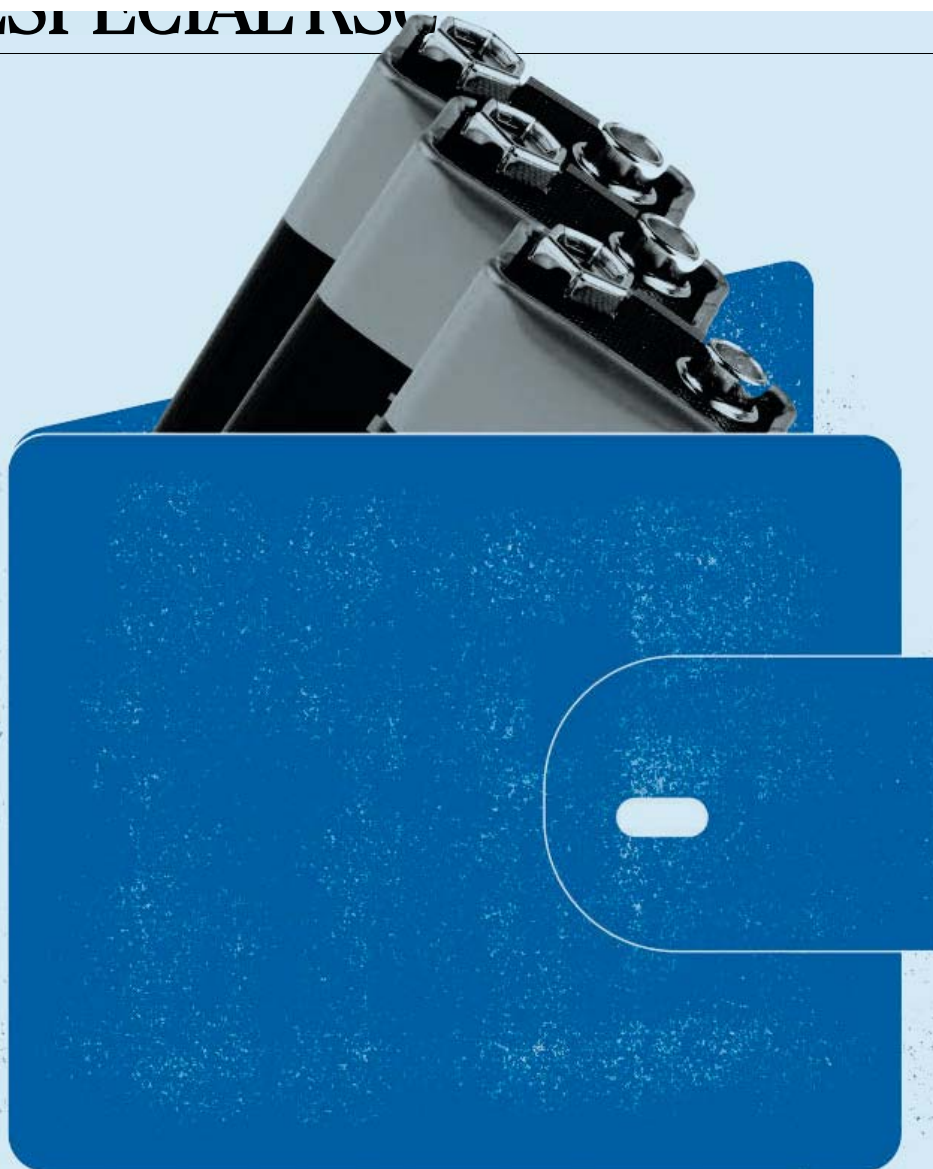




LA EFICIENCIA ENERGÉTICA PASA DE VALOR AÑADIDO A DETERMINAR LA VIABILIDAD DE MUCHAS EMPRESAS

Emplear residuos como combustible, algoritmos para la monitorización o auditorías a proveedores fijan el nuevo rumbo de las compañías. Por Ángel G. Perianes

Durante los últimos años, la mejora de la eficiencia energética ha pasado de ser un objetivo secundario a ocupar un lugar central en las estrategias de Responsabilidad Social Corporativa (RSC) de las empresas. No es sólo una cuestión ambiental, sino de viabilidad económica: según la Agencia Internacional de la Energía (AIE), la industria tiene margen para reducir su consumo entre un 20% y un 30% aplicando tecnologías que ya están disponibles.

La construcción afronta los mayores retos debido a procesos de altísima intensidad térmica, con hornos a más de 1.400 grados centígrados. En este escenario, la multinacional cementera Cemex lidera la transición hacia una economía circular, tras lograr la sustitución de más del 50% de los combustibles fósiles por residuos. Un hito de esta estrategia es su planta de Alicante, donde aprovechan el

calor sobrante para secar lodos de depuradora: “En una década, 300.000 toneladas de lodos se han reutilizado como combustible”, explican desde la compañía.

Pero la eficiencia no sólo depende de procesos físicos. Cemex utiliza inteligencia artificial para analizar datos en tiempo real y optimizar la producción y reducir el consumo energético. Este enfoque se traslada también a su gama *Vertua*, de cementos fabricados con menor intensidad térmica.

Pero el impulso tecnológico no es exclusivo de las grandes corporaciones. La murciana Cementos *La Cruz* se sitúa a la vanguardia europea con el proyecto *Eraclitus*, calificado por la firma como “el más disruptivo y ambicioso de su trayectoria”. Su objetivo es reducir drásticamente el uso de clínker (materia prima cuya fabricación exige fundir roca a temperaturas altísimas). Al sustituirla por materiales circulares y biomasa, su línea de cementos *Ckleen* logra optimizar la producción, reduciendo un 70% el impacto energético por tonelada.

Esa visión llega también a la distribución alimentaria, donde la refrigeración y la logística exigen actuar en múltiples frentes. En este sector, Lidl ya emplea electricidad 100% renovable gracias al despliegue fotovoltaico en sus centros. Sin embargo, su mayor reto es la descarbonización de la cadena de suministro: la firma acompaña a cientos de proveedores locales en auditorías y mejoras técnicas para minimizar el gasto energético en origen. Este efecto tractor demuestra que la eficiencia ya no es una meta individual, sino un requisito para integrar las grandes cadenas de valor.

La misma filosofía se traslada al ámbito logístico. Para Maite Ferrer, responsable de RSC de ID Logistics Iberia, la eficiencia es ya una “palanca de competitividad”. En sus centros, esta compañía no sólo apuesta por iluminación led y renovables, sino por una automatización orientada a “diseñar flujos más ordenados y reducir movimientos innecesarios”, optimizando el uso de cada equipo. En transporte, el foco está en la planificación digital de las rutas para eliminar kilómetros en vacío e incorporar vehículos eléctricos y combustibles alternativos. Además, la compañía extiende estos criterios a sus proveedores, impulsando una mejora conjunta basada en métricas reales. Esta estrategia busca consolidar, en palabras de Ferrer, una “cultura de mejora continua basada en indicadores”, convirtiendo la eficiencia energética en el nuevo estándar para la supervivencia industrial.